

## In profundis

La nostalgia se apodera de mi cuerpo como un parásito, habitando en mi cada noche, como si la oscuridad que atraviesa la ventana la invitara a entrar por mis poros, atravesando mi carne y quedándose en mis huesos. Soy un nido de tristeza y la soledad me carcome aún más que el tiempo que no va más allá de lo que esa pequeña ventana en la esquina de mi habitación me señala.

Mi escape de esta locura a la que llaman aislamiento son mis ojos cerrados. Los recuerdos de una juventud más energética y menos dependiente se han vuelto una medicina más fuerte que la Risperidona. Vuelvo el tiempo atrás y vivo un poco más, una y otra vez, luego abro mis ojos y la realidad me sacude de los hombros, arrebatándome mi juventud.

¿En qué momento mi vida se redujo a cuatro paredes?

Con esfuerzo me levanto de la silla, se mece hacia atrás tratando de impedirlo pero mis brazos aún son palanca y yo sigo fuerte. Hoy daremos un paseo. Mis pies se deslizan por el suelo, como patinando. Cual infante me agarro de la mesa para apoyarme, no subestimo mi resistencia pero no quiero tentar a la muerte, que tanto me ha pisado los talones. De mis muñecas cuelgan pulseras que al moverme suenan como un cascabel, trato de sacármelas sin hacer mucho ruido, no quiero que los hombres de blanco sepan de mi travesura.

Sigo caminando, arrastrando mis pies, confiando en mi fuerza. No soy la que era hace veinticinco años, no soy la que era ayer, cada día que pasa me agoto más, me reconozco menos pero puedo ir a dar un paseo. Podría ir a la plaza, mi amigo Hernán estará esperándome y daremos un paseo agarrados de la mano, tratando de borrar con nuestras risas las arrugas que nos acompañan.

Ya casi llego a la puerta, me miro al espejo que se encuentra de camino a ella, mis ojos negros siguen brillando, me peino un poco, no quiero que se note que estuve durmiendo. Hace días que no me pinto mis canas, días, meses, el tiempo es algo que no va conmigo. Un sombrero marrón cubre mi pelo blanco, pinto mis labios que eran más gruesos años atrás pero no hay nada que el rojo

no arregle. Miro a mi alrededor y no encuentro mis zapatos, mi tapado. Siempre los tuve acá, no sé qué habrá pasado. Tal vez estén en el piso de abajo.

Trato de girar la perilla de la puerta pero algo la traba ¿Quién me encerró? Veo sombras a través de la rendija. Con mis puños golpeo la madera, mis gritos desafinados se van apagando, reflejando todo aquello que alguna vez dije y ahora nadie escucha. Lágrimas caen por mi rostro, tropezándose con las fisuras que han dejado en él los años.

Finalmente la puerta se abre. Una vez más el hombre con la boca tapada me toma del brazo.

- ¿Otra vez vos?
- Sí doña Laura, otra vez yo

Mi mente ya huyó de ahí pero mis piernas no responden, mis uñas se entierran en sus brazos y puedo sentir cómo su piel se queda en mí, como un presente.

Aquí es donde comienza el viaje de regreso. Por encima de sus hombros veo la puerta alejarse, recorro con la mirada las paredes blancas, con mi mano trato de aferrarme a las sábanas pero alguien la sostiene y yo me dejo llevar, estamos danzando. Aquella lúgubre habitación se vuelve un poco más cálida, en la radio suena Jorge Cafrune, comienzo a cantar y mi pareja de baile sonrío.

Me ofrece un vaso con agua y una pastilla redonda y blanca que promete hacerme sentir mejor. Si me la tomo voy a salir de ahí, dice. Confío en esos ojos verdes, ya me conocen, los he visto antes. <Vieja soledad, hoy me iré de ti> Mis párpados pesan, mi cuerpo pesa, mis años pesan. Cuando despierte voy a dar un paseo, Hernán me espera.

**Sarah Quintero**

Estudiante de Prof. en Lengua y Literatura

Sede Andina UNRN

Septiembre 2020